

BOLETIN SALESIANO

Debemos ayudar á nuestros hermanos á fin de cooperar á la difusión de la verdad.

(III S. JUAN, 8).

Atiende á la buena lectura, á la exhortación y á la enseñanza.

(I TIMOTH. IV, 13.)

Entre las cosas divinas, la más divina, es la de cooperar con Dios á la salvación de las almas.

(S. DIONISIO.)

El amor al prójimo, es uno de los mayores y más excelentes dones, que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(El Doct. S. FRANC. de Sales).



Quien recibiere á un niño en mi nombre, á mí me recibe.

(MATH. XVIII.)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana; y proporcionad libros que les enseñen á huir del vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX.)

Redoblad todas vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupción é incredulidad y preparar así una nueva generación.

(LEON XIII.)

—*—(DIRECCION en el Oratorio Salesiano — Calle de Cottolengo N. 32, TURIN (Italia))—*—

SUMARIO.

María, consuelo, protección y esperanza nuestra.

Gracias de María Auxiliadora.

San José, Patrono de la Iglesia.

Solemnidad de María Inmaculada y celebración del quincuagésimo aniversario de la Obra de Don Bosco.

Despedida de diez y ocho misioneros Salesianos al partir para Tierra Santa.

El señor Don León Harmel en Turín.

Méjico. Celebración del Quincuagésimo aniversario de la Obra de Don Bosco.

Oleografía de María Auxiliadora.

Cooperadores Salesianos.

Montevideo. Monumento en honor de María Auxiliadora.

Historia del Oratorio de San Francisco de Sales.

Cooperadores fallecidos en España y América durante el año de 1891.

voca de predestinación. Quien honra á la Madre de Dios, dispensadora de todos sus beneficios, quien la invoca con fe y piedad puede con razón exclamar: *Aun cuando me halle entre las sombras de la muerte no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo* (1).

Dignidad y santidad de María.

Bien sabido es que Dios distribuye á cada uno sus dones en proporción del oficio que le encomienda. De aquí es que concedió privilegios tan señalados á Moisés, al evangelista San Juan y á los Apóstoles.

Conocido por un arquitecto el tamaño de un obelisco, sabe al punto determinar el pedestal que le corresponde: ni los Andes, ni los Pirineos servirían de base proporcionada al ángel del Apocalipsis, aquel coloso de inaudita estatura con un pie en medio de la tierra y el otro en el centro del océano. ¿Qué abundancia de dones deberían servir como base á María elevada á la infinita dignidad de Madre de Dios?

(1) *Si ambulavero in medio umbrae mortis non timebo mala quia tu mecum es* (Ps.).

MARIA

consuelo, protección y esperanza nuestra.

Justo es que al dar noticia de las solemnes fiestas celebradas en honor de María Inmaculada, digamos al menos breves palabras para avivar la devoción que no sólo es fuente de gracias de todo género, sino también una señal inequí-

Cuando Josué, capitán del pueblo de Israel, á fin de tener tiempo de destruir á sus enemigos y de obtener sobre ellos completa victoria, mandó al sol que se detuviese, el sol se detuvo siendo por un día espectador y testigo de singulares proezas. Gran milagro por cierto, pero es todavía mayor ver en la casa de Nazaret, no ya por un día, sino por treinta años, al sol divino obediente á María. Y Nuestro Señor, que ha prometido no dejar sin recompensa ni un vaso de agua que se dé á un pobre en su nombre, ¿qué de gracias no concedería á la que no sólo le dió el ser natural, sino que con sus suspiros anticipó su venida al mundo? Mas ¡con qué industria aprovechó María tantos favores! Adviértase, como dice Suarez, que la Santísima Virgen desde el primer instante de su concepción era ya más rica de gracias que San Miguel, el príncipe de los serafines, y el cual debe poseer al menos tantos grados de gracia cuantos son los ángeles del Paraíso, cuyo número excede á todo cálculo (1). Ahora bien, María Santísima en cada acto se enriquecía con nuevos grados de gracia y de gloria. Concretándonos á una sola consideración, baste observar que la Santísima Virgen después de la ascensión de su divino Hijo vivió aún veinticuatro años. Suponiendo que, según era costumbre, recibiera cada día á Jesús sacramentado en el altar, sus comuniones deberían ser 8,760, y como quiera que las gracias que se reciben en la santa comunión son proporcionadas á la disposición con que uno se acerca á la sagrada mesa, ¿quién podrá imaginar los sentimientos de devoción de María y la gracia y santidad que alcanzó?

Honor tributado á María.

El culto tributado á María remonta á los primeros tiempos de la Iglesia: los apóstoles y los fieles de todos los países llegaban en número infinito á Nazaret para tener el placer de verla, y se consideraban felices con siquiera una de sus palabras ó miradas. Aun en vida dedicó un templo en Zaragoza el apóstol Santiago, otro San Juan en el Asia y otro San Pedro en Roma; erigieronle uno en la cima del monte Carmelo los discípulos del profeta Elías y otro Santa Marta en Marsella.

(1) *Numquid est numerus militum eius?* (Job. xv, 8).

Las Catacumbas están llenas de su recuerdo.

Es suficiente abrir la historia de la Iglesia para advertir el amor inmenso con que los pontífices, reyes y personajes más ilustres la han venerado en todos los tiempos, y cuánto los doctores más insignes han escrito á porfía en su honor.

Pero, omitiendo las reflexiones á que se presta tan importante materia, ¿cuál es el culto con que la Iglesia honra á María? Cosa digna de notarse: establece para ella sola una categoría aparte, el culto llamado de hiperdulia; la aclama con expresiones que parecen convenir sólo á Dios: *vida, dulzura, esperanza nuestra, salud de los enfermos, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos*; la invoca en todos los sacrificios y oficios solemnes, le dedica un día en cada semana, la conmemora cada año con numerosas fiestas, invita á los fieles á saludarla tres veces al día, enriquece con las mayores indulgencias las devociones establecidas en su honor y á ella recurre hasta en sus mayores dificultades: *Sic honoratur quem rex voluerit honorare*.



Gracias de María Auxiliadora.

Con harta justicia la Iglesia infalible estimula á los fieles á recurrir á María; sobrada razón tenemos para confiar en la Madre potente y misericordiosa que se dignó Dios concedernos, expirante en la cruz en que sellaba nuestra redención.

Sin hablar de las gracias extraordinarias que se consiguen en los santuarios de Loreto, de Lourdes y en tantos otros, referiremos aquí algunos de los obtenidos de María invocada con el título de Auxiliadora:

Un voto á María Auxiliadora. —

Un hijo mío, de cinco años de edad, habiendo caído enfermo en octubre de 1888, sintióse atormentado por una fuerte y obstinada tos en el mes de junio de 1889, á la cual el 13 del mismo mes acompañó una fiebre violenta. El médico manifestó la gravedad del caso y el peligro inminente de muerte.

Perdida toda humana esperanza, me dirigí á María Auxiliadora á quien pedí la curación de mi hijo, haciendo voto de mandar celebrar una misa en el Santuario erigido á ella en Turín, y de que mi hijo llevaría siempre al cuello la medalla que la representa, si se dignaba concederle la salud.



María SS. Auxiliadora venerada en el Santuario de Turín.

Eran las dos de la mañana del 16 de junio. Apenas hecha mi promesa á María, mi hijo cesó de lamentarse, y calmada la fiebre dejaba el lecho á las cinco de la mañana. Ahora goza de perfecta salud. ¡Oh, María, todo lo debo á vos, y en vos tengo puesta toda mi confianza!

MIGUEL ANGEL FORGIA.

Villafranca, 24 de junio de 1889.

Caída peligrosa. — En el 24 de mayo, día dedicado á María Auxiliadora, debiendo ir de Castignano á una gran feria que tenía lugar en la ciudad vecina, coloqué entre el forro de mi sombrero una medalla de María Auxiliadora, que tiempo antes me había obsequiado Don Bosco, y en seguida montando á caballo me puse en camino. Iba tranquilo cuando se espanta de repente el animal, caigo yo en tierra, y quedando con un pie dentro de la estribera, soy arrastrado como veinte metros. El camino estaba desierto y no era de esperar socorro alguno; mas, por fortuna, el pie se desprendió de la estribera, en tanto que el caballo siguió corriendo á todo escape.

Salvé la vida por milagro, y sólo sufrí ligeras contusiones de la cuales me restablecí bien pronto.

Doy por ello infinitas gracias á María Auxiliadora.

ANDRÉS RECCHI.

Castignano, 1º de junio de 1889.

Cumplimiento de una promesa. — Me propongo satisfacer una antigua obligación. Habiendo ido con mi familia en 1887 al templo de María Auxiliadora para hacerle una donación que le había prometido por la curación de mi hijo Víctor, tuve la suerte de presentar mi ofrenda al venerado D. Bosco, quien, junto con darme á mí y á los míos su bendición y consejos y la medalla de la Santísima Virgen, me exhortó á enviarle relación escrita de la milagrosa curación obtenida. Se lo prometí, pero ya por un motivo, ya por otro fui retardando cumplirla. El 17 de julio de 1889 Víctor cayó gravemente enfermo. Acudí luego á María Auxiliadora, pero vínome entonces un remordimiento. La conciencia me interrogaba: ¿Has cumplido la promesa hecha á Don Bosco? La renové de todo corazón: mi hijo se durmió profundamente y el 18 despertó enteramente sano.

Paso, pues, ahora á hacer la relación prometida: El domingo de ramos de 1887, como mi hijo Víctor cayera enfermo de pulmonía y bronquitis, le vino una fiebre aguda y persistente. Pasados cerca de dos meses,

celebrando en familia el consagrado á María Auxiliadora, yo y mis hijos recurrimos á ella y recibimos la santa comunión. Orábamos y esperábamos. Mas el médico nos decía que el mal seguía agravándose y que no debíamos alucinarnos. El día de Santa Julia, al volver yo de la iglesia, mi marido sale á recibirme y me dice: Quizá no quedan más que pocas horas de vida á nuestro hijo. Corrí inmediatamente á mi cuarto, y postrada á los pies de María Auxiliadora exclamé: ¡Madre Santísima! á vos debo la salud de mi hijo mayor, salvadme ahora con un nuevo milagro al menor, que yo haré una limosna para vuestra iglesia. Me dirigí en seguida á la alcoba de mi hijo enfermo y puse una imagen de María bajo la almohada de su cama. A poco se durmió: su sueño fué tranquilo, y tres horas después despertó sano y alegre y pidió de comer.

El médico, al ver que la fiebre había desaparecido de un modo tan inesperado, no cesaba de repetir asombrado: ¡Este es un verdadero milagro! Pasada la convalecencia de Víctor, le conduje á Turín al templo de María Auxiliadora y á los pies de Don Bosco para que le diera su bendición. ¡Viva María!

IDA MORENA.



SAN JOSÉ

Patrono de la Iglesia Católica.

La Iglesia celebra el 19 de marzo, con rito doble de primera clase y con octava, la solemnidad de San José á quien en muchas partes se le venera consagrando aún un mes en su honor.

Después del destino de la Virgen Santísima, tal vez no hay otro más maravilloso que el de San José. Representante visible del Padre celestial, fué depositario de los dos seres más santos que han aparecido sobre la tierra: Jesús y María.

Suelen los hombres adoptar hijos: Jesús adoptó un padre, y ese padre de adopción humilde y casto recibió el ministerio divino de proteger la infancia del Verbo encarnado y servir de compañero á la Madre concebida sin mancha, á fin de que se conservase íntegra la fama de su virginidad. La virginidad parece ser la aureola de Jesús; todo lo que se le aproxima es casto y puro: virgen fué él, virgen su madre, y virgen su padre adoptivo.

A San José se le invoca como *protector especial de la pureza*, por haber sido ele-

gido para proteger la de María Santísima; se le honra como *maestro y guía de la oración y de la vida interior*, por haberla conocido íntimamente y practicado de un modo admirable en la escuela de Jesús; á él se acude, por fin, como *patrón de la buena muerte*, por haber tenido la dicha de morir en brazos de Jesús y María. Y á títulos tan insignes añádesse todavía el de ser *patrono de la Iglesia universal*.

Entre todos los santos del cielo, á ninguno debemos, pues, tener más devoción, después de la Santísima Virgen, que á San José. Su dignidad, su poder, las grandes y numerosas gracias con que favorece á sus devotos nos inducen á recurrir á él con viva confianza é interés. ¿Qué podrá negar Jesucristo en el cielo á quien honró y obedeció cual hijo el más sumiso en la tierra? Yo no recuerdo, dice Santa Teresa, haber pedido jamás cosa alguna á San José que no me haya concedido, y todos aquellos á quienes he recomendado que se dirijan á él han probado como yo, que Jesús que le estuvo sometido en la tierra nada le rehusa en el cielo. Y agrega: Parece que Dios ha concedido á los demás santos que puedan socorrernos en tal ó cual necesidad; pero que á San José le ha dado poder para asistirnos y ayudarnos en todos nuestros trabajos y dificultades tanto espirituales como corporales. Sólo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no lo creyere, y verá por experiencia el gran bien que se consigue con encomendarse y tener devoción á este glorioso Patriarca.



SOLEMNIDAD DE MARIA INMACULADA

y celebración del quincuagésimo aniversario
de la Obra de Don Bosco.

Las fiestas celebradas desde el seis hasta el trece de diciembre, con extraordinario esplendor en la iglesia dedicada á María Auxiliadora en Turín, han sido consideradas por toda la prensa como un triunfo de la religión, una ardorosa y brillante profesión de fe, y una prenda segura de la protección de María á la católica capital del Piamonte, á todas las clases sociales que la han hon-

rado á porfía, y sobre todo á la Congregación Salesiana, la obra inspirada por ella á su amante y fiel siervo Don Bosco.

Los tres primeros días.

El domingo seis de diciembre el templo mencionado ostentaba toda la pompa del arte unida á la más esplendorosa magnificencia de la religión. Al entrar en ella sentíase dulcemente impresionado el corazón, y revelábanse en el semblante las puras complacencias de que se sentía inundada el alma. En la iglesia de María Auxiliadora todo contribuye á elevar el espíritu á Dios y á avivar la piedad de los fieles: es la *Regina formosísima, Coeli corusca civitas*, en que la Madre de misericordia colma de bendiciones á sus hijos; y al ofrecerle uno allí el homenaje de veneración profunda y de más rendido afecto, espontáneamente se exclama: *¡cuán dulces son, Señor, tus tabernáculos!* A la vista de los preciosos cuadros y frescos, de los grupos de ángeles y santos que adornan la cúpula y bóvedas, del altar de singular gusto y riqueza, del grande y gracioso cuadro de María Auxiliadora se experimenta como una feliz visión de paz, parece aproximarse el alma al cielo y sentir con más fuerza las gracias del Señor y el deseo de gozar para siempre de su inefable gloria.

La música del Cherubini y del Palestrina, tan justamente estimada, fué en estos días de satisfacción sin par y general aplauso, gracias á la habilidad del coro, compuesto de unas trecientas voces, adiestradas con todo el empeño y maestría posible. ¿Y qué decir de los oradores eminentes y de los elocuentísimos discursos pronunciados por los obispos Pampirio, Manacorda, Rosas y Pulciano? ¿Qué de las misas solemnes en que pontificaron no menos ilustres prelados? ¿Qué de la piedad y devoción del sinnúmero de personas que recibieron la sagrada comunión? Nos faltan, á la verdad, las palabras y el tiempo para expresarlo. Bástenos decir que en tales predicaciones, al hablar de María, cada uno de los oradores sagrados parecía excederse á sí mismo, y al recordar las obras de Don Bosco, ingenuamente declaraban su devoción al apóstol de la niñez y su amor entrañable á todas sus empresas é instituciones.

Don Bosco no es más que un instrumento dócil y humilde de la bondad incomparable de María. Si son innumerables los dones que recibe del Cielo, es María quien manifiesta en él su favor y piedad; María quien se le presenta y le instruye desde niño; María quien atrae constantemente su consideración al Creador haciéndole mirar con indiferencia las cosas de la tierra; María quien le induce al amor del sacrificio, le descubre las falacias del mundo y le hace contemplar los goces inefables del Paraíso; María quien le inspira

un amor particular á la niñez pobre y abandonada y la creación de mil casas para educarla y salvarla.

Era el 8 de diciembre del 1841, fiesta de la Inmaculada Concepción de María. Hallábase Don Bosco en la sacristía de la iglesia de San Francisco de Asís, donde acostumbraba celebrar, y disponíase ya á revestirse cuando el sacristán llamó para que le ayudara la misa á un niño que allí se había introducido.

— Yo no sé, respondió confuso el muchacho.

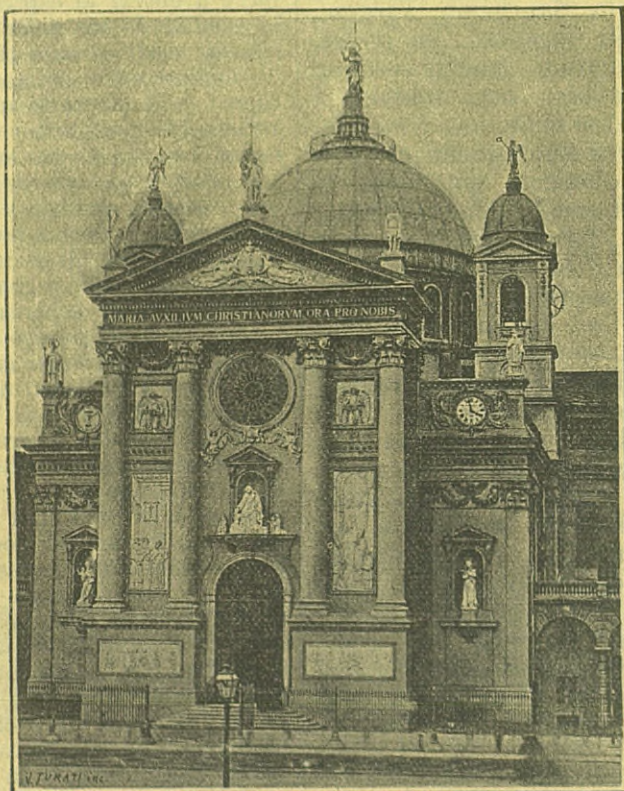
— Sí, ven: es necesario que la ayudes.

Volvió el niño temblando y anegados los ojos en lágrimas.

— ¿Has oído la misa? le preguntó afablemente Don Bosco.

— No, señor.

— Ven á oírla, y después hablaremos de un asunto que te interesa. El deseo de Don Bosco no era otro que el de mitigar la aflicción del pobre muchacho y derramar bálsamo sobre la herida que en aquel tierno corazón había abierto la dureza del sacristán. Pero más altos eran los designios de Dios, que aquel día quería poner los cimientos de una grande obra.



SANTUARIO DE MARIA AUXILIADORA

1892.

— No sé; no he ayudado nunca á misa.

— Intruso, mentecato, ¿á qué vienes entonces á meterte aquí? y sin más ni más le sacudió las espaldas, mientras aquél se retiraba á toda prisa.

— ¿Qué hacéis? dijo Don Bosco al sacristán. ¿Qué os ha hecho ese niño para que así le golpees?

— Es un gaudil, que viene á meterse aquí de puro intruso.

— Sea, pero hacéis mal en ofenderle.

— ¿Y á Ud. qué le importa?

— Me importa mucho, porque es amigo mío. Llamadle al instante, que deseo hablarle.

Después de decir misa y dar acción de gracias, Don Bosco llamó aparte al niño, é infundiéndole confianza, con gran dulzura le preguntó:

— Mi buen amigo, ¿cómo te llamas?

— Me llamo Bartolomé Garelli.

— ¿De dónde eres?

— De Asti.

— ¿Viven tus padres?

— No, señor.

— ¿Qué edad tienes?

— Diez y seis años.

— ¿Sabes leer y escribir?

— No, señor.

- ¿Has recibido la primera comunión?
— Todavía no.
— ¿Y te has confesado alguna vez?
— Sí, cuando era más pequeño.
— ¿Asistes al Catecismo?
— No me atrevo; tengo vergüenza, porque mis compañeros saben la doctrina, y yo, con ser mayor que ellos, no sé nada.
— Y si yo te enseñara aparte el Catecismo, ¿querías aprender?
— Con mucho gusto.
— ¿Vendrías acá mismo?
— Sí, con tal que no me pegasen.
— Pierde cuidado, que nadie volverá á tocarte: desde ahora serás amigo mío; te entenderás conmigo y con nadie más.
— ¿Cuándo quieres que comencemos?
— Cuando á Ud. le parezca conveniente.
— ¿Esta tarde!
— Esta tarde.
— ¿Quieres que comencemos luego?
— Bueno, con mucho gusto.

Don Bosco le enseñó entonces á santiguarse, le instruyó sobre la existencia de Dios, y después de media hora, habiéndole tratado con gran benevolencia, le invitó para el próximo domingo. Aunque el niño no tenía buena memoria, con perseverante asistencia y atención, aprendió en poco tiempo lo necesario para confesarse y hacer la primera comunión.

« Poníase así en aquél día, dice el Obispo de Milo, la primera piedra del gigante edificio que Don Bosco debía construir; iniciábase con un acto que carecía de la solemnidad que suelen en el mundo tener todas las inauguraciones, y tan oculto, tan escondido, que no lo presenciaba testigo alguno; mas Dios quería que su Santísima Madre fuese, por decirlo así, la encargada de bendecir la obra, y no podemos dudar que la Inmaculada Virgen, acompañada de millares de espíritus angélicos, asistía á lo que pudiéramos llamar la santa ceremonia, aunque pasase ignorada de los hombres, y que María y su espléndido cortejo se gozaban viendo cómo descendía del cielo y caía sobre la tierra el pequeño grano de mostaza, que corriendo los años sería corpulento y copudo árbol. »

¡Oh, Reina del Cielo, cuán copiosas gracias habéis concedido desde entonces á Don Bosco y á sus hijos!

Es digno de notarse que el primer hijo dado á Don Bosco por la Providencia fué maltratado á su vista, caso que le arraigó en su alma el convencimiento invencible de que siempre y en todas partes es menester tratar al niño con extrema suavidad y blandura; y obedeciendo á este sentimiento se daba todo á ellos, y sobre ellos ejercía un encanto irresistible.

Este fué uno de los temas de predicación del ilustrísimo Obispo de Susa, quien lo desarrolló de un modo magistral y con todo el fuego de la unción que le caracteriza.

En cuanto al ilustrísimo señor Pampirio, arzobispo de Vercelli, después de admirar las virtudes de Don Bosco, y detenerse en especial sobre su devoción á María y las obras acometidas con su manifiesta protección, dijo: ¿Pero en qué me ocupo? Don Bosco os habla en este templo. Mirad esta suntuosidad, este esplendor y riqueza del arte. Todo es obra de Don Bosco. ¿Qué es lo que esta monumental iglesia nos manifiesta? El triunfo de Don Bosco por medio de la protección de María. Ella es como el pie de María que oprime la cabeza de la serpiente; es una página sublime de la vida de Don Bosco. ¿Qué nos dicen los niños de este santo asilo? ¿qué los de sus demás innumerables casas, oratorios y talleres? Ved cómo prosperan sus obras en Europa y América, en Asia y Africa, y si el árbol se conoce por sus frutos, juzgad de la bondad y mérito del insigne Fundador nel Instituto Salesiano...

Las Cuarenta Horas.

Consagrados á honrar á María los días seis, siete y ocho de diciembre, se celebró un triduo para solemnizar, con la devoción de las *Cuarenta Horas*, la presencia real de Nuestro Divino Salvador en nuestros altares. Nada más grato y consolador. Si María fué la inspiradora de las obras de Don Bosco, la Santa Eucaristía era la fuente inagotable de su amor, el tesoro por excelencia, el Tabor donde parecía transfigurarse y el Sinaí donde recibía las más singulares comunicaciones.

Al inculcar Don Bosco á los suyos el sistema estrictamente basado en la caridad, siempre paciente, benigna é indulgente para educar á los niños, advertía que las columnas del edificio moral son la misa cotidiana y la comunión frecuente; que como el maná sirvió de alimento diario á los hebreos durante el tiempo que atravesaron el desierto, hasta el día en que entraron en la Tierra Prometida, así la santa Comunión debe ser el sostén y el pan cotidiano de todo fiel, en medio de los peligros de este mundo, hasta conseguir la verdadera tierra prometida, el Paraíso. Estas y otras consideraciones análogas sirvieron de precioso argumento al ilustrísimo señor Pulciano, Obispo de Casale, el cual además recomendó del modo más encarecido la importantísima obra de la *Adoración cotidiana universal*.

Día sétimo. Sufragios.

No era posible olvidar en ocasión tan solemne á los bienhechores nuestros llamados ya á recibir la recompensa de su caridad. Las comuniones aplicadas por los alumnos salesianos fueron numerosísimas; y como en días anteriores llenóse la iglesia de bote en bote de Cooperadores y Cooperadoras, de

eclesiásticos y seculares. Celebró de pontifical una misa mayor el Ilmo. Sr. Obispo de Acqui, quien al mismo tiempo pronunció el más tierno y piadoso discurso. El canto y música de la nueva misa compuesta por el Ilmo. Sr. Cagliero nada dejaron que desear.

DESPEDIDA DE DIEZ Y OCHO MISIONEROS.

A las tres de la tarde del mismo día era estrecha la iglesia para contener la gente que venía á presenciar una de las más simpáticas ceremonias; á saber, la de la bendición y el adiós de diez y ocho misioneros Salesianos que en la misma tarde debían emprender camino á Tierra Santa.

Apenas cantadas las vísperas solemnes, subió al púlpito el Ilmo. Sr. Manacorda, Obispo de Fossano, orador famoso por el brío de su celo y elocuencia de su palabra. Y el asunto era digno del Prelado. Si hay un héroe en la tierra, es el misionero: su solo nombre indica la inmolación personificada. Él lo sacrifica todo, absolutamente todo en el mundo: su libertad, su reposo, su tiempo; se renuncia á sí mismo; no se pertenece; es el servidor del justo como del pecador, del rico opulento y del pobre haraposo, del amigo y del enemigo, del que le favorece y del que le persigue. Nada le turba, nada le detiene; así que Dios le habla, al punto obedece. Adiós, dice, al suelo querido de la patria, adiós al hogar cariñoso, á los goces más legítimos y á los acariciados halagos de la vida; adiós, adiós para siempre. No le habléis de sacrificios, de los peligros de navegación lejana, de los rigores del clima, de feroces salvajes, de las epidemias y del martirio. Con ello sólo conseguiréis inflamar más su celo y avivar su ardor. Firme de carácter, de convicciones profundas y de valor incontrastable, lleno de la gracia de Dios, mira con desprecio los placeres del mundo, y á las almas con santa avaricia. Su corazón sólo palpita en el amor; sus labios se abren sólo para evangelizar y su mano sólo se goza en bendecir. Por eso Don Bosco, misionero ejemplar, enamorado del Cielo y de las almas, decía: *Da mihi animas cetera tolle*. Dadme las almas y llevaos lo demás; por eso agregaba que, entre sus hijos, los misioneros eran la niña de sus ojos. ¿Qué de bendiciones no les regalará ahora desde el Cielo? Y si María Auxiliadora dispensa tan eficaz y amorosa protección al Instituto de Don Bosco, ¿qué de gracias no hará llover sobre la porción predilecta de su Siervo?...

Concluido el discurso de Monseñor Manacorda, el ilustrísimo Sr. Obispo de Acqui dió la bendición con el Santísimo Sacramento, y recitadas las oraciones de la Iglesia sobre los peregrinos, saludó con efusión á los Mi-

sioneros, que en medio de numeroso clero y de los Superiores de la Congregación Salesiana, se hallaban de rodillas en el presbiterio. El ilustre Prelado los abrazó en seguida uno á uno, y ellos cambiando luego un abrazo con nuestro Rector General, Don Miguel Rua y demás Superiores, salieron de la iglesia acompañados de las simpatías más vivas y de los votos que por su felicidad hacía el pueblo entero profundamente conmovido.

Ultimo día.

Las fiestas en honor de la Inmaculada Concepción y en celebración del quincuagésimo aniversario de la Obra de Don Bosco fueron coronadas con todo el esplendor posible. Música excogida, asistencia de varios obispos á las ceremonias y oficios sagrados, misa pontifical, todo fué hermoso y digno de la admiración y contento del gentío inmenso que de todas partes llegaba á concurrir á tan singular solemnidad. El Ilustrísimo Sr. Obispo de Fossano predicó sobre el porvenir de las Obras de Don Bosco, augurándoles singulares bendiciones y copiosísimos frutos.

Cantóse el *Tedeum* arreglado en música por Monseñor Cagliero, y por fin dióse por Monseñor Manacorda la bendición papal á todos los concurrentes. ¡Dios sea bendito! Las fiestas celebradas en esta ocasión dejarán en todos cuantos asistieron á ellas un recuerdo vivo y perdurable. La relación somera que aquí hemos hecho no puede dar sino una humilde idea de ella.

No nos detendremos en decir cuán lucida fué la iluminación tanto del interior como del exterior de la iglesia y de los pórticos y fachada del Oratorio Salesiano; omitiremos hablar del inmenso júbilo de los Salesianos, de sus alumnos y Cooperadores, de la parte civil de esta fiesta con sus bandas de música, fuegos de artificio, vivas repetidos y expansión la más pura y llena de cordialidad en la inmensa familia de Don Bosco. Eterna será la memoria del justo.

¡Gloria á Dios! ¡Gloria á María Auxiliadora! ¡Gloria á Don Bosco!



El Sr. Don León Harmel en Turín.

El ilustre organizador de la mayor de las romerías de obreros católicos á Roma, y que ha merecido por ello bien de la Iglesia, ha tenido la bondad de visitar á nuestro Rector General para expresarle su agradecimiento por las atenciones hechas á los peregrinos franceses en las Casas Salesianas cuando se dirigían á la ciudad eterna. Al recorrer los diversos talleres establecidos en el Oratorio

de San Francisco de Sales para la clase obrera más desamparada, el señor Harmel admiró la buena disposición de ellos y manifestó el más vivo afecto por Don Bosco y su Instituto. Invitado á comer por Don Rua en compañía de otras distinguidas personas, entre las cuales eran de notarse los directores de la prensa católica de Turín, el Sr. Harmel refirió los motivos de consuelo que le había dado la gran romería, y cómo la solución de la cuestión social consiste en encarnar en los talleres, escuelas é institutos los principios cristianos, según la enseñanza del Soberano Pontífice, que sólo la Religión es capaz de darnos la paz social entre patronos y obreros.

El Caballero Sr. Borelli proclamó la inscripción del Sr. Harmel como miembro honorario de la Unión Católica de obreros de Turín, á la vez que la de su hijo mayor como miembro también honorario del Instituto musical Salesiano. Los concurrentes aplaudieron con efusión semejantes nombramientos, y luego la música instrumental y vocal del Oratorio los celebró con lo más excogidos himnos y piezas de su repertorio. El Sr. Harmel mostróse profundamente conmovido al ser objeto de los entusiastas vivas de los niños educandos y de las más delicadas expresiones de afecto de los Superiores de la Casa y de los excelentes amigos que los acompañaban. ¡Dios bendiga y proteja á este hombre eminente, verdadero modelo de católico y de padre con los obreros! Para dar mejor á conocer esta hermosa figura, añadiremos lo que dice á su respecto uno de los diarios franceses de más circulación:

« De mediana estatura, aunque de vigorosa corpulencia, M. Harmel, de edad de cincuenta y cinco años, es infatigable en el trabajo. Se le ve en todas partes sembrando la semilla de su palabra. Con mucha frecuencia, para no perder minuto, despacha su correspondencia desde el coche, viajando por los ferrocarriles. Apenas ha tenido tiempo en una ciudad para ocuparse en los asuntos relativos á su obra y de celebrar una conferencia, cuando sale para otra ciudad. Nadie, incluso su familia, puede decir con toda certeza en qué punto se halla, en un momento dado, de sus rápidas correrías; se le cree, por ejemplo, en Caén y está en Clermont-Ferrand, etc. De esta suerte pasa once meses del año, no concediéndose más que treinta días de descanso, que pasa en su fábrica de Val-des-Bois, cerca de Reims. Y aun allí, en esos treinta días, trabaja de firme.

» M. Harmel asiste asiduamente á los Congresos católicos. Como orador su voz es demasiado metálica; pero esta primera impresión se olvida pronto, y como no anda en busca de grandes movimientos oratorios, es un excelente razonador á quien se oye con placer. Defiende además con gran detenimiento sus teorías, las cuales, al contrario

de lo que suele acontecer, él mismo las ha puesto en práctica en su fábrica de Val-des-Bois. Esta es el tipo de la fábrica cristiana, tal como la comprenden los católicos, y en ese concepto merece ser indicada á todos los que se empeñan en la solución de la cuestión social.

» La fábrica de Val-des-Bois es de hilados, dirigida por M. Harmel y sus hijos, en la cual amos y obreros forman una corporación, basada en la idea de las asociaciones religiosas. Hay allí la asociación de hombres mayores de diez y siete años, bajo el patronato de San José; la de jóvenes, desde su primera comunión hasta la edad de diez y siete años, bajo el patronato de San Juan Bautista de la Salle; la asociación de San Luis Gonzaga, para los niños que no han hecho aún la primera comunión; la asociación de Santa Ana para las madres de familia; la asociación de las Hijas de María para las doncellas, desde los quince años hasta que contraen matrimonio; la asociación de los Santos Angeles para las niñas, desde la primera comunión hasta los quince años; y finalmente la asociación de Santa Filomena para las que no han hecho aún la primera comunión. Las doncellas y niñas llevan continuamente la cinta y la medalla de su asociación, no sólo cuando van á la capilla, sino en el taller ú obrador, en sus casas y en la calle, así el domingo como los demás días de la semana.

» Las instituciones económicas comprenden un consejo general, otro profesional, una sociedad anónima cooperativa (carnicería, panadería y compras directas de mercancías), una sociedad de socorros mutuos, una Caja de ahorros, otra de posesión, otra de anticipos y préstamos, una compañía de bomberos, etc.

» Hay también una sociedad de *preservación* de la juventud, dividida en secciones. — Lecturas sanas. — Música instrumental. — Coral. — Canto. — Gimnasia. — Declamación. — Tiro.

» No se han echado en olvido las obras de piedad, como puede suponerse, y existen allí la Conferencia de San Vicente de Paul, la Cofradía del Santísimo Sacramento, la Tercera Orden de San Francisco, la Cofradía de Nuestra Señora de la Fábrica, la Asociación del Rosario, la Cofradía de San José y el Apostolado de la Oración.

» En París ha fundado M. Harmel la Unión fraternal del Comercio y de la industria, de la cual depende la *Secretaría del pueblo* y la *Unión cristiana de los talleres de mujeres*. Esta última asociación tiene por objeto lograr que se ejerza por los obreros de más edad una especie de vigilancia sobre los más jóvenes, á fin de que éstos no se desvíen del camino recto.

» Por lo que hace á la *Secretaría del Pueblo*, es el consultor gratuito de los asociados, y

les procura toda clase de informes que pueden necesitar, encargándose también de la correspondencia.

» ¿Ha encontrado M. Harmel la solución de la cuestión social? No es fácil responder á esta pregunta, pero lo que sí es muy cierto, lo que puede afirmarse, es que esos mil quinientos obreros le adoran, y sólo le llaman *el buen Padre*. »



MÉJICO

Celebración del quincuagésimo aniversario de la Obra de Don Bosco.

El Sr. Don Ángel G. Lascrain, uno de nuestros mejores Cooperadores en Méjico, nos anuncia que también en aquella ciudad nuestros Cooperadores y Cooperadoras han honrado devotamente la memoria de Don Bosco. « Aquí, nos dice, á fin de dar gracias al Cielo por el quincuagésimo aniversario de la Obra Salesiana, los niños atendidos por los Cooperadores del Instituto Salesiano recibieron la santa comunión el día de María Inmaculada, y nueve de ellos, preparados por nuestro buen Director el R. P. Don José Güel, hicieron su primera comunión.

El 13 celebróse una misa mayor, que cantaron los mismos niños y en la cual dicho Padre pronunció un precioso sermón. En seguida tuvo lugar la repartición de premios á los alumnos, presidida por el R. Sr. Vicario Capitular (preconizado ya Arzobispo de la Arquidiócesis), quien quedó muy satisfecho del adelanto de los alumnos y se dignó repetirnos nuevamente que contáramos con su ayuda en todo lo que pudiera servirnos. »

Oleografía de María Auxiliadora.

Acaba de obtenerse una preciosa y fiel reproducción de la gran imagen de María Auxiliadora que se venera en el Santuario que le está dedicado en Turín.

Todos los artistas hacen el mayor encomio de semejante trabajo; y á la verdad que es una obra acabada en su género y una imitación tan perfecta, que no parece oleografía sino cuadro al óleo de diestro y finísimo pincel.

Las dimensiones son las mayores posibles en trabajos de esta naturaleza; á saber, un metro y seis centímetros de alto por setenta y cinco centímetros de ancho.

Esta imagen se presta para el adorno de cualquier altar, capilla, oratorio y hasta el de un elegante salón.

Las personas que deseen adquirir una copia, pueden dirigirse á la Librería Salesiana de Turín, la cual podrá, si se quiere, expedir primeramente una pequeña imagen cromolitográfica, que representa el cuadro de que nos ocupamos, si bien no sea tan exacta por carecer de la finura y arte que constituyen el mérito de la oleografía.

He aquí los precios, sin contar lo que corresponde por embalaje y envío:

1º En papel acartonado, pesetas (en oro) 10.

2º En papel encolado sobre tela, pesetas 12,50.

3º En papel encolado, etc, con marco, de 25 á 50.

COOPERADORES SALESIANOS.

En el diario *La Defensa Católica de Bogotá* leemos el artículo siguiente:

« Si la inmensa multitud de personas de todas clases y condiciones que frecuentan hoy la iglesia del Carmen no se hubiese persuadido todavía de la grande importancia de la Institución Salesiana, las últimas solemnes fiestas celebradas en ella en el mes de mayo, y especialmente su fiesta reglamentaria anual consagrada á su patrona, la Virgen María Auxiliadora, no habrán dejado de encender toda su simpatía y entusiasmo por dicha institución.

Especialmente la interesantísima conferencia dada por el Superior de los Salesianos R. P. Rabagliatti en la tarde del domingo último, debió ser para su numeroso auditorio un rayo de luz que iluminó vivamente el cuadro de la obra del inmortal Don Bosco, desarrollado por el elocuente orador.

Después de hacer una rápida, pero brillante reseña de las maravillas ejecutadas por este hombre inspirado, aunque pobre y oscuro, escogido por Dios para llevar á cabo una grande obra de su misericordia, puso de manifiesto, con la enérgica y sencilla suavidad de su dialéctica, cuál había sido el espléndido complemento de esa primera empresa de Don Bosco con la institución de la *Pía Unión de los Cooperadores y Cooperadoras*, unión bendecida por Dios, y que, como aquel lo preveía, ha hecho brotar en pocos años á manos llenas frutos abundantísimos y casi fabulosos en todo el mundo.

Allí hizo ver el bien inmenso, temporal y espiritual, que puede hacer cada uno de ellos, á muy poca costa, sin ningún sacrificio, sin

obligación de ninguna especie, sino es la de rezar la *oración dominical* diariamente por la prosperidad de los asociados.

Cooperar, dijo, es hacer *cualquier cosa*, por pequeña que sea, en obsequio de ésta: una palabra, un consejo, un elogio, una limosna, una simple oración, un artículo de periódico. A este tesoro pueden concurrir el sabio y el ignorante, el pobre y el rico, el menestral y el magistrado: todos, en fin, sin distinción de clases. ¿Y qué reciben en recompensa de su cooperación, poca ó mucha? Reciben un cúmulo inmenso de gracias, concedidas por la Santa Sede á insinuación de ese hombre, irresistible por su mansedumbre, por su caridad, por ese atractivo inexplicable con que vencía todas las dificultades para llevar á cabo su obra hoy universal. El Santo Padre Pío IX, como que conoció la inspiración divina del humildísimo fundador, abrió para él las arcas de los tesoros de la Iglesia; y posteriormente, el Santo Padre León XIII se hizo inscribir él mismo como cooperador, encabezando la lista de ellos. ¿Qué humildad y qué grandeza!

Después de esto ¿quién no querrá cooperar á tan útil institución, cuyo definitivo establecimiento en nuestro país será una bendición del Cielo, especialmente para los jóvenes de las clases pobres que carecen de oficio ú ocupación con que ganar la subsistencia y evitar con la enseñanza moral, religiosa é industrial dada por estos beneméritos Padres, los peligros que ofrece una sociedad que cada día se desmoraliza más? Sí, será una bendición, como lo ha sido para todos los países de Europa y América, donde en pocos años se ha extendido prodigiosamente, y donde ha sido recibida y atendida muníficamente, con un entusiasmo que puede medirse por las cuantiosas ofrendas que en todas partes le han ofrecido Gobiernos y pueblos. »

Hé aquí los requisitos necesarios para ser Cooperador ó Cooperadora del Instituto Salesiano de Don Bosco:

- 1º Tener 16 años de edad;
- 2º Gozar de buena reputación moral y religiosa;
- 3º Hallarse en condición de promover y sostener las obras de la Congregación Salesiana, sea con medios propios, como limosnas, trabajos, difusión de buenas lecturas, etc., sea colectando las ofrendas erogadas por otras personas con el mismo objeto.

La *Pía Unión* no impone ninguna obligación de conciencia, y pueden asociarse en ella aun las personas de institutos religiosos.

Los que deseen conocer las numerosas indulgencias concedidas á los Cooperadores pueden verlas en los *Boletines* de abril y mayo de 1890 ó bien en el libro titulado: *Don Bosco*, por un Cooperador Salesiano.

MONTEVIDEO

Monumento en honor de María Auxiliadora.

Del diario *El Bien* de Montevideo extractamos lo siguiente:

« Los RR. Padres Salesianos acaban de celebrar una simpática fiesta, con motivo de la inauguración de un monumento á María Auxiliadora, protectora de los Oratorios festivos fundados por Don Bosco.

El Ilmo. Sr. Obispo Isasa, ante una numerosa concurrencia, bendijo dicho monumento, que honra al escultor Don Juan Azzarini: es una columna que coronada con la estatua de la Santísima Virgen se halla colocada en el centro de una fuente y vistoso juego de aguas. Adorna el abaco de la columna un medallón que representa á Don Bosco, ilustre fundador de la Obra Salesiana; dos niños en actitud de estudiar, colocados en la base de aquella, completan la alegoría del monumento.

Bendecida la estatua, el Ilmo. Sr. Isasa pronunció un discurso lleno de unción alusivo al acto.

Sirvieron de padrinos en la ceremonia el señor don Juan Goiret y su esposa.

La fiesta fué brillante, contribuyendo no poco á su lucimiento un hermoso discurso del Dr. D. José P. Espalter, quien después de referir rápidamente los orígenes de la Obra Salesiana, añadió:

¡Ocho de diciembre de 1841!

Ha trascurrido medio siglo de la anécdota sencilla que acabo de narrar, y la semilla de aquel día es hoy un árbol prodigioso. Del humilde Oratorio Festivo de Turín ha surgido la Congregación Salesiana que cuenta el número de sus triunfos por las obras que ha emprendido, si bien es sólo de ayer no más, conforme con la frase del polemista antiguo, ya llena el mundo, que hace verdaderos prodigios en todas las esferas sociales, que lo mismo arranca al salvaje de las pampas de su noche negra para ungirlo con la luz de la verdad eterna, cambiando una á una todas las fibras brutales de su pecho por las cuerdas melodiosas de la caridad, como nutre el corazón y el alma de la niñez, de virtud, de saber, y que penetra en los santuarios de la ciencia sublime para enseñar á los que saben, multiplicándose por tal manera que constituye la más admirable maravilla del espíritu católico en la última mitad del siglo diez y nueve!

¡Qué grande es para el mundo y en especial para nuestro país la obra de la Virgen, realizada por medio de su siervo insigne Don Bosco!

Contemplando los tiempos que corren de propaganda y de batalla librada principal-

mente en el alma de la juventud, regocijase uno al volver los ojos hacia escuelas como éstas que parecen un templo por la virtud que en ellas se anida, un hogar bendito por la educación que proporciona, oasis fecundos en medio de la esterilidad general. No puede menos que sentir abierta el alma á hermosos ideales y á expansiones íntimas, no puede menos de bendecirse á la Virgen y á su siervo, y á sus abnegados colaboradores.

La Obra de Don Bosco, bajo el manto de María Auxiliadora, es un baluarte de defensa contra los peligros que ofrece el espíritu de descreimiento y de sensualidad tan dominante en nuestro tiempos. Yo conozco sus armas y su fuerza. En los Colegios Salesianos no sólo se aprende á repugnar el vicio enervador, y los errores funestos con los ejemplos virtuosos y con la altas enseñanzas: las ideas y los sentimientos que aquí se elaboran tienen la sanción de los recuerdos sagrados; van adheridos á todas las primeras ilusiones y á las más bellas esperanzas. Cada piedra, cada árbol, cada banco de estudio, cada rincón del colegio guarda un tesoro de dulcísimas emociones. Existe flotando en este ambiente todo lo pasado más querido; el cual ahora aparece á mi espíritu como una condensación de un fragmento de vida dorado por la inocencia y la piedad, como una madreselva de afectos ideales y esperanzas, llena de color y de perfumes, sin espinas y sin el aspecto tristísimo de las hojas marchitas.

Antes de abandonar creencias así adquiridas, tendríamos que mutilar nuestra alma. La apostasía en el culto de la virtud y de los principios es para todos los educados en las Casas Salesianas un imposible y absurdo. Antes que dar las espaldas al altar, en donde siempre veremos tranquila y consoladora á la Virgen Santa, doliéndose de nuestras lágrimas, sonriendo en nuestras alegrías, ayudándonos á vencer las resistencias y los obstáculos, nos convertiríamos en héroes para luchar contra las borrascas, para dominarlas, para vencerlas, sin desmayos ó con desmayos de un día, sin olvidos ó con olvidos rápidos, resarcidos pronto por un tesoro más enérgico, por una fe mas operosa, según la frase del Apóstol, capaz de llevarnos por defenderla á exhalar todos los suspiros de nuestro pecho, á derramar todas las gotas de nuestra sangre, capaz de llevarnos á proclamarla hasta con el postrer aliento de nuestra vida.

La redención de nuestra patria está asegurada con obras como la de Don Bosco. El ángel de lo futuro aguarda á la juventud á los umbrales de las escuelas en donde recibió los efluvios de su celo divino, de su caridad inagotable, para hacer de nuestra patria una nación feliz, cuyos hijos tengan siempre por norte en la vida privada el deber y la jus-

ticia, y como ciudadanos no falseen nunca la democracia, no corrompan jamás la libertad, y en los días difíciles de los grandes acontecimientos, sepan ponerse á la altura de los grandes destinos de los pueblos.

Ahora, que mis últimas palabras sean de gracias al cielo por los favores que nos dispensa, pues para nosotros siempre ha sido una bendición divina la Congregación Salesiana, y de gratitud á sus miembros, esos hombres abnegados que han resignado su vida en las aras de nuestra felicidad y que desde tres lustros acá, están en la soledad y en el silencio mereciendo bien de la patria.

HISTORIA DEL ORATORIO DE S. FRANCISCO DE SALES.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO III.

Atentados. — Castañas y vino envenenado. — Cuchillo de carnícero. — Vituperable conducta de la Autoridad pública. — Buen servicio de un amigo. — Lluvia de bastonazos.

Los dos camaradas de que hemos hablado en el capítulo anterior, saliendo de la habitación de Don Bosco, dijimos profirieron con gran frenesí: *nos veremos*. Estas palabras y las claras amenazas que manifestaron durante su conversación son el hilo de una serie de atentados contra la vida de Don Bosco. Fueron éstos tantos y tan fraudulentamente preparados y realizados, que podemos decir sin la menor duda que sólo á la divina Providencia se debe el que D. Bosco saliera ileso de ellos. Estos hechos, mirando tan de cerca al fundador de nuestro Oratorio, están ligados completamente con nuestra historia. Por lo que contaremos algunos de los principales de los cuales muchos de nuestros jóvenes fueron ó bien testigos de vista, ó bien oyeron la relación de aquellos que los habían presenciado.

Una noche, después de la cena, estaba Don Bosco haciendo su acostumbrada escuela nocturna, cuando dos hombres de triste aspecto vienen á llamarle para que fuera aprisa á confesar á un moribundo, en un sitio poco distante de allí que se llamaba el *Corazón de oro*. Siempre pronto en atender á todo lo que miraba al bien de las almas, confía al momento á otro su clase y al instante se pone en marcha. En el acto de salir de casa, siendo ya la hora algo avanzada, le viene la idea de llevar consigo á varios jóvenes de los de más edad, con el fin de que le hicieran compañía y les llama. — No hay necesidad que venga con V. joven alguno, dijeron aquellos dos desconocidos; nosotros mismos le acompañaremos á la ida y á la vuelta; y mas que el enfermo podría impresionarse al verles.

— No paseis cuidado por esto, respondió Don Bosco, son mis niños y desean dar un paseo, y al llegar á casa del enfermo se quedarán fuera de su habitación.

Y los dos muy a pesar suyo callaron y dejaron hacer.

Llegan á la casa destinada: — Entre V. un momento en esta sala, dijeron ellos, y nosotros entre tanto vamos á advertir el enfermo que V. ha llegado. — Los jóvenes quedaron fuera, y Don Bosco entró en una habitación, á piso llano, en donde encontró una media docena de individuos de buen temple que después de una buena cena comían ó fingían comer castañas. Dieron la bienvenida á Don Bosco con muchos ademanes, alabándole hasta subirle á las nubes y aplaudiéndole.

— Haga V. el favor, Don Bosco, de hacernos compañía, y tome alguna castaña, dijo uno de los de la cuadrilla, alargándole el plato.

— No tengo el más mínimo apetito, dijo él; hace poco he cenado y estoy satisfecho.

— Al menos beberá V. un poquito de vino, no es verdad? es bueno, pues viene de la parte de Asti.

— No me siento á ello; y más, que no estando acostumbrado á beber fuera de hora, sé que me haría daño.

— No hay para tanto! un vasito de buen vino no daña á nadie, antes le hará á V. bien y le ayudará la digestión. Así es, que beba V. aunque nada mas sea que para complacernos.

Dicho lo cual, echa mano de una botella puesta sobre la mesa, y sirve vino en los vasos. Con toda intención se había puesto un vaso de menos, y así va á buscar otro vaso, y entre tanto cambia incontinentemente la botella, viene y pone vino a Don Bosco. Con todo, no salieron con la suya, en la trama que habían zurcido de hacerle beber el veneno. Sin darles á comprender que les había conocido su mala intención, Don Bosco toma en sus manos el vaso lleno de espumoso vino, y brinda á la salud de aquellos desgraciados, pero en vez de llevárselo á la boca, lo vuelve á colocar encima de la mesa sin tocarlo.

— No nos disguste V., dijo uno; no nos haga este insulto, añadió el otro; es un excelente vino; queremos que lo apure, profirieron todos.

— He dicho ya que no tengo ganas, y ahora añado que no puedo, ni quiero beber, replicó Don Bosco.

— Sea ó no de su agrado, es necesario que V. beba, exclamaron en coro aquellos bribones. Y á todo esto pasando de los dichos á los hechos, uno de ellos me coge al pobre sacerdote por el hombro derecho y otro por el izquierdo, y dicen: — No podemos tolerar tal bochorno: si no bebe V. de buenas á buenas beberá V. de malas á malas.

A tamaña violencia se encontró D. Bosco

entre la espada y la pared, como vulgarmente se dice, y fué para él momento de inminente peligro. El usar contra ellos la fuerza ni era prudente ni fácil de realizar, y juzgó mejor valerse de la astucia, y así lo hizo. Díjoles:

— Si absolutamente queréis que yo beba, dejadme en libertad, ya que cogiéndome por los brazos y espaldas me hacéis temblar y caer el vino.

— Tiene razón, respondieron todos, y se separan algun tanto.

Entonces Don Bosco, aprovecha este propicio instante, da un gran paso hacia atrás, se acerca á la puerta — por fortuna debilmente cerrada — la abre é invita á sus jóvenes á entrar. Hecho esto en un abrir y cerrar de ojos, y ver entrar á cuatro ó cinco jóvenes de 18 á 20 años, puso freno á la insolencia de aquellos vampiros, cuyo jefe todo corrido dijo: — Si no quiere V. beber paciencia; no es nada, esté V. tranquilo.

— ¿Pero en donde está el moribundo? preguntó Don Bosco; al menos es menester que yo le vea.

Para disimular su vil intento uno de aquellos *guapos* condujo al sacerdote á una habitación del segundo piso.

Allí en vez de un enfermo, Don Bosco encontró acostado á uno de aquellos dos que habían ido á llamarle al Oratorio. D. Bosco sin embargo le hizo alguna pregunta, y aquél impostor matriculado, con toda su fuerza hercúlea, sin poder contenerse, soltó una carcajada diciendo: *Me confesaré mañana*. Don Bosco morehóse, dando de lo íntimo de su corazón gracias al Señor de que por medio de sus protegidos hijos, hubiera salido ileso de las manos de aquellos tunantes.

Habiendo llegado á saber, de pe ó pa, algunos de los jóvenes lo sucedido, al día siguiente no gastaron el tiempo y como hurones hicieron indagaciones sobre el quid de la cosa, viniendo á descubrir que un fulano había pagado á aquellos bellacos una succulenta cena, con el pacto de hacer beber á Don Bosco, un poco de vino del que había preparado expresamente para él. Por lo que se ve, eran sicarios comprados.

El santo varón no olvidó nunca, aquel hecho, y todavía en los últimos días de su vida, cuando con él salíamos á pasear y pasábamos cerca del sitio, nos lo indicaba diciendo: *He hay la casa de las castañas*.

Una tarde de agosto, que serían sobre las seis, estaba Don Bosco entretenido junto á la puerta que cerraba el patio del Oratorio, en santa paz y alegría con algunos de sus jovencitos, cuando he aquí que de entre ellos sale repentinamente una voz gritando: *Un asesino, un asesino!*

En efecto, era un cierto Andrés que en mangas de camisa y con cuchillo de carnicero en mano corría furioso en busca de Don

Bosco gritando: Quiero á Don Bosco, quiero á Don Bosco.

El temor, como natural es, se apoderó de los jovencitos, los cuales echaron á correr los unos por el campo que tenían delante y los otros por el patio de la casa. Entre los fugitivos se hallaba el clérigo Felix Reviglio. Su fuga fué providencial y ella salvó á Don Bosco; y fué, que el asesino tomándole por Don Bosco, dió por seguirle; pero pronto advirtiendo su error volvió atrás en dirección á la puerta. En este tan breve momento, Don Bosco tuvo lo suficiente para ponerse en salvo, subiendo á su habitación y cerrando con llave la pequeña verja de hierro que se hallaba al pié de la escalera. Estaba á penas cerrada, cuando hé aquí ya al descamisado, el cual viéndola cerrada comienza por empujarla y forzarla en todas direcciones para abrirla, pero en vano. Estuvo plantado aquí por espacio de tres horas, como tigre hambriento que espera su presa.

Entre tanto, los jóvenes, pasado el primer susto y algún tanto tranquilos, se habían ido reuniendo. Al verle nuevamente y ver que amenazaba la vida al que era su padre y bienhechor, sintieron hervir la sangre en sus venas. Dando oído á la voz de su generoso corazón y abandonándose al ardor juvenil, se armaron cada cual con su arma de defensa quien de bastones, quien con piedras y quien con otros chismes, disponiéndose á terciarle la cara á aquél miserable y hacerle trizas si así convenía; pero D. Bosco temiendo que algunos de ellos recibiese daño, les prohibió tocarle.

Con aquella fiera en casa nadie estaba en sosiego. En particular, la buena Margarita estaba en la más grande consternación, tanto por el hijo como por los jóvenes. Que hacer? Incontinentí se avisó y esto repetidas veces, al cuartelillo de municipales; y es triste tener que decirlo, no compareció nadie hasta las nueve y media de la noche. En esta hora vinieron dos guardias, manatieron á aquel pobre infeliz, y lo condujeron al cuartelillo, librando así á Don Bosco de una fatal consecuencia, que poco honor hubiera hecho al que en aquellos días era jefe del orden público. Y como si tal indiferencia no hubiera sido suficiente, capaz de maravillar á la persona más de bien, cuando se trata de defender á un libre ciudadano, hé aquí que el día siguiente se comete una imprudencia todavía mayor por dicho jefe. Manda á uno de los polizontes á preguntar á D. Bosco si perdonaba á aquél ultrajador. Respondióle Don Bosco, que como cristiano y como sacerdote perdonaba aquella y otras injurias; pero que como ciudadano y como superior de un Instituto suplicaba en nombre de la ley que la pública autoridad le garantizase un poco mejor su persona y casa. ¿Y quien lo creyera? En dicho día el buen señor mete en la calle á nuestro amiguito, quien por la tarde estaba de nuevo

apostado á poca distancia del Oratorio esperando que Don Bosco saliera para realizar su sanguinario intento.

¿Pero quién le movía á tanta crueldad?

Un amigo de Don Bosco é insigne bienhechor de sus hijos, el comendador Dupré, nos abre camino para contestar á esta pregunta. Viendo este señor que no podía obtenerse seguridad de la fuerza pública, empeñóse en hablar con aquél desgraciado, que noche y día hacía estar en angustia á todos los de la casa.

— Yo soy pagado, respondió el bribonzuelo, que se me dé lo que los otros me dan y me iré.

Sabido esto, se le entregaron ochenta pesetas como plazo vencido, y otras ochenta por adelantado; y así terminó la comedia, que de otra manera hubiera podido tener fin con una sangrienta tragedia.

Mas pérdida fué todavía la siguiente agresión, de la cual Don Bosco no pudo salir enteramente ileso.

Poco después de la anterior fechoría, un domingo ya de noche, viene un hombre llamando á Don Bosco para que fuera á confesar á una enferma que se hallaba en casa de cierto Sardi, casi en frente de la Casa del Refugio. Los hechos precedentes movieron á Don Bosco á hacerse acompañar de dos jóvenes valientes y robustos.

— Deje, deje V. á estos jóvenes en casa que no hay necesidad, yo mismo acompañaré á V., dijo al verles el *fulanito*.

Estas palabras aumentaron la sospecha y produjeron el efecto contrario; ya que Don Bosco en vez de dos llamó cuatro, entre los cuales á Jacinto Arnaud y Santiago Cerrutti, fuertes y robustos, quienes en caso de necesidad, en un abrir y cerrar de ojos hubieran descuartizado á un toro. Llegados al lugar designado, dejó dos al pié de la escalera; y los dos nombrados arriba, subieron con él al primer piso, entran en la habitación y quedáronse en una salita contigua á la de la enferma. Entrado que hubo vió en la cama á una mujer que se lamentaba, la cual sabía fingirlo tan bien, que parecía estaba en los últimos momentos de su vida.

Don Bosco invitó á los que estaban allí presentes — que eran cuatro — á que se alejaran para poder hablar con más libertad con la enferma y ayudarla á reconciliar su alma.

Antes de confesarme, dijo en alta voz la mujerona, quiero que aquel tunante que está allá se retracte de las calumnias que me ha levantado.

— No, respondió uno.

— Silencio, añadió otro.

— Sí.

— Nó.

— Calla, infame, sinó te rajo.

Estas y otras no menos graciosas palabras, mezcladas con horrendas imprecaciones pro-

dujeron bien pronto una infernal querrela en aquella diabólica habitación. En medio de esta babilónica gritería se apagan las luces, cesan los truenos y pronto comienza á caer una gran lluvia de bastonazos, dirigidos hacia el punto en que se hallaba Don Bosco. No tardó él en acertar el juego que se le quería hacer, esto es, que se trataba si posible era de romperle aun los mismos huesos. En aquel laberinto, no sabiendo como arreglarselas, toma á toda prisa una silla que estaba tocando el lecho, se la mete en la cabeza, y bajo aquel paragolpes mira de ganar la puerta. Entretanto aquellos malvados daban recios golpes aquí y acullá, cual otros Quijotes en su aventura de los pellejos, pero que en vez de caer sobre la cabeza del pobre Don Bosco, llovían afortunadamente en la silla. A aquel rumor los dos jóvenes allí apostados, se reaniman, dan un empujón á la puerta la abren, y Don Bosco se echa en medio de ellos, dichoso de haber podido sacar en salvo sus espaldas y cabeza. Recibió con todo un bastonazo en el pulgar de la mano izquierda. El golpe, le llevó la uña con parte de la carne, y aun después de más de 30 años, Don Bosco conservaba todavía la cicatriz.

No son infundadas las sospechas al decir que estas y otras muchas fechorías, fueron urdidas, ó por la malicia ó por el dinero de aquellos que miraban de mal ojo las *Lecturas Católicas*, y querían ó atemorizar ó aniquilar á su autor.

Por lo demás, los herejes de Turín, no hacían otra cosa sino seguir las huellas de sus antepasados, los cuales, callando muchos otros asesinatos, el 9 de abril de 1374, en Bricherasio, á bastonazos dieron muerte bárbaramente al beato Pavonio de Savilliano, dominico, porque predicaba contra la doctrina de Pedro Valdo y convertía gran número desus secuaces á la Iglesia Católica.

CAPÍTULO IV.

Historia de un perro — Carta de Don Bosco al ministro valdense De-Sanctis — Contestación de éste.

En la sagrada Biblia y en la Historia eclesiástica se lee que muchas veces Dios en casos extraordinarios se sirvió de las bestias en defensa y á beneficio de sus siervos. El profeta Eliseo es burlado de una chusma de jóvenes irreligiosos é insolentes, y hé aquí que dos osos, saliendo de un vecino bosque, hacen de ellos una horrible carnicería. Por espacio de setenta años un cuervo traía todos los días á S. Pablo, estando en el desierto, el alimento necesario. San Antonio, teniendo que enterrar el cadáver de este habitador de los desiertos y faltándole instrumentos con que abrir el hoyo, hé aquí que se le

presentan dos leones, comienza á escarbar con sus patas la tierra á su justa medida, y recibiendo en paga la bendición del santo, márchanse cual si fueran dos mansos corderos.

Pues bien, trascurriendo el tiempo en que para Don Bosco fué tan peligroso, la divina Providencia se complació en darle un guardia y una defensa, en realidad singular; le dió un hermoso y grande perro de color gris, el cual fué entonces y será aun tema de muchos comentarios y suposiciones. Muchos de nuestros jóvenes lo vieron, palparon y acariciaron, y supieron cosas dignas de particular memoria.

Lo que aquí se dice es la relación de algunos de ellos, entre los cuales se cuenta á José Buzzetti, uno de los primeros alumnos del Instituto; añadiendo que en muchas circunstancias nosotros mismos lo preguntamos á Don Bosco, confirmandonoslo de viva voz.

Dicho perro gris por su tamaño y forma se asemejaba á un perro de ganado de estos que llaman mastines. Ante todo debemos hacer notar, que nadie, ni el mismo Don Bosco, supo nunca ni de donde venía, ni á donde iba ó quien fuera su dueño. Y así, aun cuando no sepamos su partida de nacimiento, bien podemos darle la bienvenida por el buen servicio que por espacio de algunos años prestó á Don Bosco, y con él al mismo Oratorio.

Sabiendo Don Bosco que por parte de los malévolos era mirado con ojeriza, usaba todas las precauciones para no verse obligado á tener que salir de noche de casa; si por esta parte lo evitaba, por otra le sucedía que muy á pesar suyo tenía que entretenerse en la ciudad, ya en casa de algún enfermo, ya en la casa de alguna familia, que acaciando ser engañada por los herejes miraba de atraerla con sanos consejos. Cuando esto acontecía, no atendía ni al peligro ni á lo adelantado de la hora de la noche para cumplir su deber; y hecho esto, tomaba su camino en dirección á Valdocco. Estos barrios eran en aquel entonces muy poco habitados. El último edificio en dirección al Oratorio era el Manicomio; todo lo que hoy se ve poblado y con hermosas casas, era terreno inculto, escabroso, oscuro, cubierto de acacias y céspedes, sirviendo por tanto perfectamente de escondrijo á los malhechores. De aquí que este paso era peligrosísimo para todos y en particular para Don Bosco, una vez que estaba señalado por el dedo de los enemigos de la religión.

Yendo á casa cierta tarde, entrada ya la noche, y no sin temor de algún mal encuentro, vé que de repente se le acerca un gran perro. A primera vista le temió, pero á poco viendo que no amenazaba peligro alguno, antes bien se le presentaba manso y le halagaba, pronto entró en buenas relaciones con él. La fiel bestia le acompañó

hasta el Oratorio, y sin entrar en él se marchó. No fué esta la sola vez que se le presentó para hacerle compañía; todas las noches que no había podido ir con tiempo á casa ó iba solo, pasados los edificios y entrada la parte despoblada, al momento veía aparecerse el gris, ya por una, ya por otra parte diversa del camino. Sucedió que la buena madre Margarita, viendo que la hora de la noche era bastante adelantada y su hijo todavía no había llegado, estaba con cuidado, y mandaba á alguno de los jóvenes fuera á esperarle; recuerdan aún algunos, haberlo encontrado con su compañero de cuatro patas.

Tres veces el gris salvó la vida á Don Bosco. Una de ellas fué la siguiente: entrada la noche y lloviznando, venía de una casa del centro de la ciudad, y por no andar por puntos despoblados bajaba por la calle que pone en comunicación el Santuario de Ntra Sra. de los Dolores con el Instituto del Cottolengo. A cierto punto del camino vé Don Bosco á dos hombres que, á poca distancia suya, aceleraban ó retardaban el paso á medida que él lo aceleraba ó retardaba; aun mas, cuando él pasaba á la acera de enfrente, ellos le seguían poniéndosele delante. Dejándose muy bien comprender que llevaban alguna mala intención, miró de cambiar de dirección á fin de poderse meter en salvo en alguna casa vecina; pero no tuvo tiempo, pues que los dos volviendo repentinamente atrás y yendo muy despacito se le acercan y le echan una capa encima. El pobre Don Bosco forcejaba por no dejarse envolver y tiente de pedir auxilio; pero en vano, pues uno de aquellos asesinos procura taparle pronto con un pañuelo la boca. ¿Y qué sucede? En aquel terrible momento de inevitable muerte, comparece furioso el gris, y con tal voz, que su ladrar más bien que de un perro ó de un lobo, se asemeja á los aullidos de un oso rabioso, tanto, que asordaba y aterrorizaba á un mismo tiempo. No paró en esto, echa una zarpa á uno de aquellos sicarios que era el que tapaba con la capa á Don Bosco, y le obliga á dejarle estar para poderse defender á sí propio; hecho esto, se precipita al momento encima del otro, é incontinentemente me lo amedrenta y aterra. El primero visto lo apurado del caso, mira por tomar las de Villadiego; pero, aquí te quiero escopeta; el gris no se lo permite; sáltale encima y me lo echa como pelota rodando por el suelo llenándole todo de barro. Hecho esto se planta allí fijo mirando á aquellos dos como diciéndoles con sus aullidos: ¡Ay de vosotros si os moveis! ¿Y moverse? ya, ya, bien pronto se cambió la escena.

— ¡Lláme V. á su perro! comenzaron á gritar esos pícaros.

— Lo llamaré, respondió Don Bosco, con tal que vosotros me dejéis ir á mis obligaciones.

— ¡Sí, sí, vaya! ¡pero llámele V. pronto! gritaron de nuevo.

— Gris, dijo entonces Don Bosco; ven acá; y el perro obediente los dejó estar; los cuales viéndose libres, echaron á correr como galgos que se tragaban el viento.

No obstante esta inesperada defensa, Don Bosco no se sintió con ánimos de poder llegar hasta casa; y así entró en el vecino Instituto del Cottolengo, y de allí, calmado algún tanto del susto con la caritativa y oportuna atención que recibió, y acompañado de una buena persona, continuó su camino hasta el Oratorio.

(Se continuará.)

Cooperadores fallecidos en España y América

1. Alegría D. Domingo Pbro. — Venezuela (México).
2. Abarca D. Agustín, Cango. Pro. — Merelia (México).
3. Andrade D^a Josefa — Id.
4. Archededa D^a Julia — Venezuela (México).
5. Batter y Meudinse D^a Rosa — Puerto Real (México).
6. Beniter D. Ignacio — Puebla (Id.).
7. Boavila D. Alejandro.
8. Bofil D^a Rosa — Venezuela (México).
9. Carvalo D^a Juana.
10. Cacijs D. Rafael Pbro. — Tacuba (México).
11. Chitty D^a Dolores — Venezuela.
12. Curvela D^a Alejandra — Venezuela.
13. Coto D. Enrique, Pbro. — Cura Llanza (Gorona).
14. Diaz D^a Nicasio — Venezuela.
15. Francia N. e hija.
16. Felipe D. Matias — Junzano (Huesca).
17. Ferraguz D^a Liboria — Piedra (Uruguay).
18. Figueroa D^a Millana — Venezuela.
19. Galea Alfonso — Malta (Vallette).
20. García Ocaña Joaquín — Avila.
21. Gomez D^a M^a Antonia — Venezuela.
22. Hurtado D^a Trinidad — Id.
23. José María Hoffman — México.
24. Linet D. Prospero — Venezuela.
25. Lopez D^a Lucía — Valverde del Camino (Huelva).
26. Martinez D. Antonio — Venezuela.
27. Monasterios D^a Amalia — Id.
28. Najera D. Miguel — Quito.
29. De Lanastido y Davalo Mons. Pelayo Arzobispo — México.
30. De Ojeda de Manzanares D^a María — Madrid.
31. Peralta D. Alejandro J. M. Obispo de Panamá.
32. Perez de Mina D. Marcial Pbro. Cura — Ecyá (Sevilla).
33. Ponce D^a Carmen — Quito.
34. Toriello de Guerra D^a Soledad.
35. Valero Luisa — Valverde del Camino (Huelva).
36. Osio D. Manuel — México.
37. Sotomayor D. Celso — Id.